

Luis Díaz Viana, *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2008.

Pasear por Madrid ofrece inusitadas sorpresas para el viandante. Por ejemplo, quien camina no muy lejos de la estación de Atocha tan presente en las páginas del libro que ahora reseño, puede leer en una de las paredes laterales del solemne edificio del Casón del Buen Retiro, lo siguiente: “Todo lo que no es tradición, es plagio”. Pero, más allá de la belleza poética del adagio, tan apropiado por lo demás para un inmueble que es sede del Museo del Prado, esta expresión puede relacionarse con otra frase, no menos lapidaria, por más que esté en papel; una oración, no sé si solo en sentido gramatical o también en el religioso, que parece estar compuesta para escribirse como epitafio, que Luis Díaz sitúa en el arranque de su obra: “Somos memoria o no somos nada”.

Dice el autor, en la “Introducción” al libro, que nos enfrentamos a una obra que versa sobre la memoria y el olvido. Cuarenta años después del 68, se propone el autor mostrar al más puro estilo marcuseano que las categorías con que analizamos lo individual no siempre valen para lo social y viceversa; que nuestra forma de enfrentarnos a lo thanático es colectivamente menos erótica de lo que nos gustaría pues, como decía el mismo Marcuse en *Eros y Civilización*, un libro que aunque no aparezca ni citado ni nombrado por Luis Díaz, parece haberse colado sin permiso entre sus páginas, “la liberación del pasado no termina con la reconciliación con el presente”. Y cierto que así es, pero añadiría Luis Díaz, “olvidar sería aún peor, porque supone un intento imposible”. Entre el olvido y el desmesurado consumo de la nostalgia publicitariamente inducido, los grupos humanos se

adentran en el tiempo a través de narraciones muy disímiles. Narraciones que son memoria, de ahí el título de la obra, del tiempo que ha sido y del que está por venir. En este sentido, el libro despliega una radiografía de algunos de los múltiples caminos que recorreremos para decir qué recordamos voluntaria o involuntariamente, qué de manera consciente o qué de forma inconsciente. O, simplemente, para decir que al contar qué recordamos, somos.

Y somos más porque contamos que por lo que contamos, ya que dice Luis Díaz Viana, “el hombre es un animal hecho de memoria” y la memoria es, como la cultura, en sentido antropológico, una capacidad para crear y transmitir, no la imagen que nos hemos formado del pasado, que eso sería el recuerdo. Por eso, el “hombre es cultura y la cultura es memoria más que recuerdo”. Y si hay memoria, prosigue Díaz, “la historia aún no es necesaria [porque] la historia comienza donde la memoria termina”. O dicho de otro modo, siguiendo también las palabras del que fuera autor de *Los guardianes de la tradición*, la memoria impide el olvido, y esto permite la historia porque actualiza el mismo tiempo que niega. De ahí, la importancia de esa tradición que se vindica en las paredes de los nobles edificios madrileños, de esa tradición que se actualiza continuamente y que Luis Díaz lleva años diseccionando mientras nos advierte de las “imposturas” de un folclorismo vano que confunde recuerdo y nostalgia con aviesas intenciones casi nunca explicitadas y que escenifica un pueblo domeñado a imagen de la necesidad de los poderosos. Pero, frente a este folclorismo, término que, por cierto, Luis Díaz fue el primero en utilizar en España, el folclore emanado de las culturas populares permite la transhistoricidad de la memoria, no como “inconsciente colectivo” al modo junguiano, como *continuum* que actualiza la colectividad en que surge.

Es precisamente en ese medio donde al mostrar ciertos modos de descifrar la experiencia que la memoria ha cifrado previamente para que solamente quienes son parte de la colectividad en que se genera puedan participar de ella, donde encuentra fácil acomodo la labor del antropólogo. Y más aún, señala Luis Díaz, cuando convierte la etnoliteratura en un método de análisis antropológico, a lo que dedica varias páginas de la obra, para recordar que, más allá de debates académicos sobre etiquetas heteroaplicadas, literatura y antropología

comparten la cualidad de evocar experiencias, vividas o ficcionadas, que pretenden “hacer convincente lo narrado.” En ese sentido, para el autor de la obra que aquí se reseña, la etnoliteratura ni es una rama de la etnohistoria que pretende utilizar fuentes escritas para conocer sociedades pretéritas, ni una etnografía de la literatura. Más bien, siguiendo a Fuente Lombo, la considera como un método vinculado a una forma de entender la antropología que permite incorporar al discurso antropológico las literaturas populares. Literaturas, por lo demás, que los codificadores de lo literario han rechazado por su carácter minúsculo: las historias de vida, las literaturas oral y folclórica, las biografías —reales o fingidas—, etc. En definitiva, a todo aquello que William Bascom denominaba “arte verbal”. Evidentemente, esa comprensión de lo antropológico desde lo literario no puede aplicarse a todos los aspectos en que se desempeña el trabajo del antropólogo, razón por la que, tras acotar los ámbitos a los que es aplicable, Luis Díaz define la etnoliteratura como “la antropología del arte verbal que englobaría lo oral y lo escrito, lo culto y lo folclórico. Arte como la búsqueda del placer, literatura como la búsqueda de ese placer en el lenguaje y antropología como la indagación de lo humano en esa ‘búsqueda del placer mediante la palabra’”

Esta apuesta lleva a Luis Díaz Viana a reivindicar en *Narración y memoria*, una antropología asentada en un humanismo de nuevo cuño; una antropología que, superando “dicotomías artificiosas”, vuelva a centrarse en la “condición humana”. Esto es, una disciplina que no se abandone al positivismo estrecho de la mera descripción naturalista y desplace su mirada hacia aquello que muestra cómo los hombres se hacen a sí mismos y transforman el mundo en el arte de contar qué es el ser humano mediante narraciones que explican cómo ven el mundo. Y ello al margen de cuál sea el canal que utilicen para contarlo, desde la palabra vertida junto a la lumbre al mensaje del teléfono celular o el chat de internet. Justamente por ello, la antropología no puede ser neutral, pues como señala el autor de la obra a la que me estoy refiriendo, “solo la antropología sin prefijos ni adjetivos puede —de verdad— servirnos para definir qué es lo humano y para construir el proyecto de lo que queremos que sea.” Y, sin embargo, reclamar para la antropología tal pretensión que, por lo demás estaba en sus orígenes, no implica desampararla abocándola al análisis del

todo abstracto y, casi siempre, exótico. Más bien, la pretensión de Luis Díaz se encamina en dirección opuesta al sugerir que el estudio antropológico del hombre —y esto es casi redundante— desde lo literario permite liberar a la antropología de su tarea de “notario de pérdidas” inevitables para reclamar “la antigua y sustancial función de la antropología en cuanto ‘proyecto humanizador’”.

Desde este punto de vista, la etnoliteratura, al ocuparse del concreto arte verbal y permitir la decodificación de los relatos, superaría la falsa dicotomía entre antropología y etnografía haciendo de esta un camino privilegiado para conocer lo humano en sus particularidades y, a la vez, en su universalidad. En suma, tal pareciera que Luis Díaz reivindica, aunque no lo cite, lo que Althusser denominaba una “lectura sintonal”, una lectura que permita comprender las condiciones de inteligibilidad de cualquier enunciado y que nos muestre cómo se piensa lo impensado de los textos orales o escritos. En este contexto, no está demás recordar lo que Foucault señaló en *La voluntad de saber*: “el discurso vehículo y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo vuelve frágil y permite destruirlo”. Y, no sobra tal mención, porque el humanismo en que sitúa Luis Díaz la antropología desde lo literario no es ese castrador que subordina siempre la verdad al poder, sino justamente el que lo trasciende mostrando, a través del análisis de lo que los seres humanos cuentan, cómo se articulan verdad y poder. Justamente por ello, señala Díaz, la antropología ha de tener “una función más activa y —quizá— combativa. Pues no debemos tampoco, ya, limitarnos a ser —impunemente— meros observadores de los hechos”, más aún en un contexto como el de la globalización que requiere diagnosis precisas de los cambios que están aconteciendo o, por mejor decir, que se están impulsando pues por sí solos no ocurren.

Precisamente el análisis de la globalización y sus formas, que en lo tocante al “patrimonio cultural” se proyecta hacia el futuro por el camino de volver a románticas concepciones decimonónicas, como hemos visto en las vicisitudes por las que han pasado los museos antropológicos en España, sirve a Díaz Viana para mostrar cómo se construyen desde el poder las ideas de la cultura mediante la confusión de “lo típico”, “lo folclórico”, “lo tradicional”, “lo local” o “lo pintoresco”, etc. Pero, a su vez, ese mismo análisis revela la exis-

tencia de múltiples resistencias promovidas desde las culturas populares para evitar ser vampirizadas por unos poderes políticos que pretenden convertir lo popular en mero objeto de exposición. Frente al intento globalizador, al que contribuye el folclorismo de rancio cuño, las culturas populares se resisten una y otra vez a ser exhibidas en vitrinas de museos, por mucho que se autoproclamen “museos vivos”, destinados a promover fatuas identidades que paternalistamente se pretenden imponer de forma exógena. Justamente al señalar cómo operan esas prácticas propiciatorias del consumo de la nostalgia, cobra nuevamente valor una etnoliteratura que, a través del análisis del folclore actual, revela que, en la práctica, la evolución hacia el pasado del exotismo de las rutas de lo identitario incluyen una suerte de catálogo de todo lo que se quiere hacer desaparecer. O como señala Luis Díaz, “de todo lo que sobra” a la globalización. En este contexto, la pregunta que el antropólogo debe hacerse es la de por qué siendo tan valioso ha de sobrar.

Se embarca así el autor de la obra que estoy reseñando en una prolija, pero amena, tarea cual es la de mostrar las características que plantea el folclore en estos inicios del milenio y que, en cierto modo, es continuación de la que llevó a efecto en su obra *El regreso de los lobos*. Siguiendo las pautas marcadas por Alan Dundes, se centra básicamente en la versatilidad del folclore frente a los calcos ficticios que del mismo se quieren presentar. El análisis de las dedicatorias que los jóvenes se hacen en los fólder que llevan en la mano a sus clases de la preparatoria, de leyendas urbanas que corren por internet, de fantasmas que se aparecen en cualquier curva de una carretera perdida o encerrados en el closet, así como de los cuentos orales, que tantos correos electrónicos llenan, llevan a Luis Díaz no solo a mostrar la vitalidad de lo popular, pese a quien pese, sino, sobre todo, a descubrir cómo el combate entre las culturas populares y las que se pretenden hegemónicas —la querencia gramsciana del autor del libro no es nueva— tiene que ver, en demasiadas ocasiones, con el intento deliberado de los “mediadores culturales” de falsificar lo que algunos autores han denominado “pasiones identitarias”. El aprecio y algarabía con que numerosos académicos han recibido el concepto de “Patrimonio Cultural”, frente a otros que se consideran más “gastados”, pone de relieve el sesgo mercantilista que se pretende que co-

bren las identidades culturales y la perversión del lenguaje utilizado para hacer de los seres humanos objeto de estudio y no sujetos reconocibles. En este contexto, el libro de Luis Díaz pone de manifiesto cómo las identidades culturales son embarcadas en un viaje de ida y vuelta hasta el ámbito de lo político al hacerse coincidir con reivindicaciones regionalistas, localistas o nacionalistas. Como si lo único que importara de las mismas fuera su capacidad para, a través de convertir en exótico lo propio, reactivar económicamente espacios previamente condenados por los mismos a desaparecer como “lugares antropológicos”. En ese sentido, señala, “la identidad parece haber pasado a transformarse, así, mucho más que en un sentimiento o una pasión, en un producto de mercado”. Y si en la generación de ese producto la interinfluencia entre lo rural y lo urbano cobra importancia es justamente porque el mercado de la nostalgia parece que quiere decidir qué debemos recordar del pasado reciente, no pocas veces inventado, y qué debemos olvidar. Con lo que volvemos al planteamiento inicial del libro y a la pregunta acerca de si podemos evitar recordar o si podemos evitar olvidar.

Para responder a esta cuestión, el capítulo final del libro se centra en lo que aconteció en los días siguientes a los atentados sufridos en España el 11 de marzo de 2004 y en analizar qué estrategias utilizaron las culturas populares ante la catástrofe. Mismas culturas que se enfrentaron decididamente a un poder político que pretendió el discurso de la impostura y la falsedad; un poder que quiso el silencio como medio de control sin percatarse de que silencio no es olvido y que mientras hay recuerdo de lo impuesto no hay reconciliación posible. Y sin advertir, además, que el tiempo no corre igual para todos porque, como se indica al inicio de la obra, contar el mundo es contar el tiempo. Frente a los que se rebelaron contra la espontaneidad sugiriendo viles conjuras, “negar la existencia de lo popular es como negar que la gente puede expresarse más allá de la manipulación que los medios ejercen sobre las masas.” Lo que ocurrió en las estaciones donde estallaron las bombas que tanto dolor provocaron fue situado inmediatamente en un tiempo mítico, y no por ello menos real. Justamente por tal motivo su recuerdo no puede ser traicionado, o si se prefiere controlado externamente.

PEDRO TOMÉ MARTÍN